

PANORAMA INTERNACIONAL

CHILDREN
ARE
FOR B

STOP THE

LOS BOMBARDEOS DE VIETNAM DEL NORTE

EL ENMASCARAMIENTO

Por **EDUARDO
HARO
TEGLEN**

*De una manera
extraña, el interés
enorme de la guerra
del Vietnam
—un interés político,
militar y social,
que se arraiga en las
entrañas mismas
de la civilización
occidental— se ha
desplazado a un
tema lateral
y circunstancial:
los bombardeos
del Norte. "stop
the bombing",
detened los
bombardeos, dicen
las pancartas y los
gritos de los
manifestantes frente
al Pentágono
—los manifestantes
que el vicepresidente
Humphrey,
que un día fue
la esperanza
del ala izquierda del
partido demócrata,
se permite
calificar de
"increíblemente
ridículos" y que otros
arcaizantes,* **SIGUE**



DE UN PROBLEMA



Arriba, los manifestantes frente al monumento a Lincoln. Abajo, mientras montan la guardia ante el Pentágono, los manifestantes se calientan con hogueras.



EL ENMASCARAMIENTO DE UN PROBLEMA

enrocados en la semántica de la postguerra, atribuyen a «oscuras consignas»; el grito se repite sobre el planeta. Parece ser que la opinión pública pacifista se ha centrado ahora sobre este tema del Norte bombardeado. Con los belicistas, con los insensibles al genocidio, pasa algo similar. Podríamos centrar su gusto por el bombardeo con la frase del general Curtis LeMay: «Bombardeemos el Vietnam del Norte hasta reducirlo a la Edad de Piedra».

Se trata, creo yo, de un enmascaramiento de la situación real. Un enmascaramiento buscado y deseado. Se trata de un desplazamiento del centro político y militar de la verdadera guerra. La guerra, hay que recordarlo con insistencia y con machaconería, para tratar de evitar estos desplazamientos mentales de su verdadera esencia, es una guerra civil en el Vietnam del Sur, frustrado por el incumplimiento de los acuerdos de Ginebra que preveían elecciones y por la colocación sucesiva de hombres fuertes, algunos con la categoría de tiranos; en la guerra intervinieron los Estados Unidos para ayudar al Gobierno desafiado por los levantamientos populares y actuaron de muy diversas maneras: sustituyendo esos tiranos cuando les parecía que estaban quemados por otros con apariencia democrática, buscando un camino legalista con la convocatoria de elecciones, enviando «ayudantes técnicos», convirtiendo esos ayudantes técnicos en «asesores militares», estableciendo la ficción literaria del «mundo libre» al conseguir la ayuda de algunos países próximos o implicados en el desarrollo del Sudeste de Asia, enviando cada vez más contingentes de hombres, hasta llegar hoy a la cifra aproximada de quinientos mil. Ninguna de estas sucesivas operaciones ha dado resultado. La guerra del Vietnam entra en su quinto año y el problema civil sigue intacto. No sigue intacto, no. Ha evolucionado en el sentido de que las guerrillas se han consolidado, han aumentado en número, en técnica militar, en organización política. El inmenso despliegue de poder, de dinero, de diplomacia, de persuasión, de barcos, hombres y aviones, de cerebros electrónicos y de generales prestigiosos ha resultado, hasta ahora, inútil contra lo que parece ser apenas un cuarto de millón de guerrilleros. Tan incongruente aparece esta situación que, dentro mismo de los Estados Unidos, los malévolos piensan que los grupos de presión de los Estados Unidos, las grandes compañías de fabricantes de armas y las industrias afines actúan de forma que la guerra no se gana nunca para poder continuar realizando sus fabulosos beneficios que, a fin de cuentas, paga el pueblo americano con sus impuestos crecientes, con el alza de los precios y con el bloqueo de los salarios. Algunos millares de los manifestantes de la semana pasada acudieron a las manifestaciones movidos por esta forma de despecho frente a lo que creen un engaño, más que por razones estrictamente morales.

Un sector del pensamiento oficial piensa, o quiere hacer pensar, de otra forma. Hay que señalar bien lo de «un sector». Hablamos generalmente de «la política de los Estados Unidos» como si se tratase de un bloque homogéneo, de una línea de conducta clara y concreta, cuando, en realidad, es la resultante de una terrible confusión de fuerzas, de intereses, de ambiciones; de negocios, de intrigas electorales, de doctrinas diversas y, cómo no, también de posiciones de conciencia. Un sector del pensamiento oficial, pues, deduce que si toda esa enorme movilización de la nación más poderosa del mundo ha sido, hasta ahora, inútil, es porque no se ejerce contra un puñado de guerrilleros, sino contra algo más. Algo, piensa, hay tras esos hombres mal armados, mal vestidos y mal alimentados. Los mitos, generalmente, nacen así: de la imposibilidad que uno mismo tiene de explicarse algo cuando uno mismo está incapacitado para encontrar la solución más sencilla. «Ese «algo» imaginario y tremendo tomó, primero, las características de una ayuda llegada del Norte del país, del Vietnam del Norte. Era una forma de explicarse a sí mismos y de explicar al mundo la razón de la falta de éxitos militares. La doctrina de las «in-

SIGUE



Un largo cordón de la policía militar defendía el Pentágono. Cara a cara, manifestantes y policías.

EL ENMASCARAMIENTO DE UN PROBLEMA



Durante la manifestación contra la guerra del Vietnam celebrada en Washington, muchos jóvenes rompieron sus tarjetas de reclutamiento en presencia de sus compañeros.

filtraciones» es débil. No parece que en el mayor momento de la ayuda del Norte a los guerrilleros del Frente Nacional de Liberación se haya pasado de los cuarenta mil hombres. Cuarenta mil hombres ayudando a unas guerrillas de doscientos cincuenta mil no parece un contrapeso estimable a los quinientos mil soldados americanos que ayudan —con pequeños contingentes de otros países— al Gobierno, la Policía y el Ejército regular del otro bando de la guerra civil, al bando de Salgón. La teoría de las infiltraciones trajo la doctrina de los bombardeos. Los bombardeos se prosiguen desde hace dos años con fuerza y extensión crecientes. No han conseguido nada. Si han conseguido: unos terribles destrozos políticos para los Estados Unidos, en el interior y en el exterior del país. Un continuo abandono de las fuerzas morales que actúan siempre simplemente por el ejemplo de David y Goliat, unos recuerdos a los bombardeos de Abisinia por las fuerzas aéreas de la Italia de Mussolini —infinitamente menores en cantidad y en crueldad, en razón de la diferencia técnica separada por el progreso de los últimos treinta años—, un desistimiento de los aliados europeos de Estados Unidos —unos, por vocación moral; otros, por visión del futuro; algunos, en fin, por no tener problemas graves con su propia opinión pública, en un asunto que les resulta lejano— y un estupor y una sorpresa indecibles en el tercer mundo, que no esperaban que los caminos de la libertad ofrecidos por los Estados Unidos durante y al final de la segunda guerra mundial a los pueblos entonces colonizados tuvieran que pasar por la Edad de Piedra, cuyo advenimiento proclama con fervor el general Curtis LeMay.

Pero, políticamente, han conseguido el desplazamiento del centro de gravedad de la cuestión. Se ha llegado a sostener la creencia mítica, por parte de los pacifistas, de que la suspensión de los bombardeos del Norte podría traer casi instantáneamente la paz. Las advertencias repetidas de Hanoi y del Frente Nacional de Liberación apenas son escuchadas: la suspensión de los bombardeos no es ni siquiera una base previa para la apertura de negociaciones. El problema del Norte es «otro» problema. La cuestión principal sigue siendo la guerra civil del Sur, y ésta requiere la retirada del cuerpo expedicionario de los Estados Unidos,

de los contingentes de otros países y la neutralización objetiva y real del Sur para que éste pudiera elegir libremente, en una campaña electoral sin presiones ni engaños, la forma de gobierno que desea, según los viejos principios de la autodeterminación, y una vez establecido ese supuesto Gobierno ideal se podrían llevar a cabo las elecciones previstas por los acuerdos de Ginebra para la unificación del Norte y el Sur. Algunos americanos —algunos millones de americanos— comparten la posibilidad de esa solución. «Creo que el Presidente (Johnson) es un hombre que se ha equivocado de camino y ha perdido definitivamente su ruta», escribe en el «Herald Tribune» el viejo periodista y pensador liberal Walter Lippmann que, después de haberse retirado, no puede dejar de participar con su pluma en una situación angustiosa para su país y para el mundo. La tesis con que Lippmann concreta la de muchos de sus compatriotas es que no solamente hay que abandonar el Vietnam, sino toda Asia, para salvar lo que se pueda después de haber cometido el error de comprometerse en una guerra terrestre en aquel continente superpoblado. Pretende que las líneas de defensa se establezcan en Australia o en Nueva Zelanda, tomando posiciones «sobre un territorio separado por las aguas azules del continente (asiático) y de las masas que lo habitan». «Porque las fuerzas vietnamitas y chinas pueden caminar, pero no pueden nadar».

Una de las paradojas de nuestro tiempo es que el país que tiene el ejército más poderoso, mejor armado, mejor pagado y más profesionalizado de la época tenga al mismo tiempo una gran inexperiencia de la guerra. Tienen a gala no haber perdido ninguna de aquellas en que han intervenido (aunque técnicamente la de Corea pueda considerarse como una derrota), pero, en realidad, sus intervenciones han sido de escasa duración en el tiempo. La primera guerra mundial duraba ya tres años cuando participaron en ella, con el tiempo justo de recoger el botín. En la segunda intervinieron un poco antes. Ninguna guerra ha alcanzado su territorio; la que más destrozos les causó fue la guerra civil de Secesión, pero nadie vive para recordarlo. Esto ha llevado a los Estados Unidos, por una parte, a una especie de sensación de invulnerabilidad; por otra, a la noción de que las

guerras son rápidas y deben resolverse en corto plazo. Dooley suele decir que los Estados Unidos son «cruzados de corta distancia»; el profesor Brogan, de la Universidad Inglesa de Cambridge, lleva este análisis a consecuencias aparentes que hacen pensar que los americanos son una nación impaciente en todo. Brogan observó que jamás un americano ha ganado las carreras de fondo en los juegos olímpicos, sino que sus victorias han sido obtenidas al «sprint» y en las carreras cortas. Sus fortunas, sus empresas, sus ciudades, su Imperio, son fruto de la rapidez y de la impaciencia. Una guerra oriental, larga y embrollada, confusa, donde las victorias no se notan y las derrotas son fragmentadas en el tiempo y en el espacio, les desorienta.

La mística de los bombardeos es, probablemente, además de un desplazamiento político, psicológico y propagandístico de la cuestión central, un producto de la impaciencia y, probablemente, el reflejo de un vivencia histórica: las bombas atómicas de Hiroshima y de Nagasaki, que precipitaron al Japón en una derrota vertiginosa. Al analizar estos hechos olvidan sin duda que el Japón había pedido ya condiciones de paz cuando le cayó encima el rayo exterminador atómico, y que las primeras bombas atómicas de la Historia tenían, además de su efectividad, una terrible carga de terror supersticioso, una sensación de fin del mundo de la que todavía no se han desprendido. Pero, sin duda, la mística de los bombardeos es, según experiencias anteriores, erróneas. Coventry, centro neurálgico de la producción inglesa, fue destruido por la aviación alemana; Londres fue terriblemente machacado por las V-1 y las V-2; pero Inglaterra no abandonó la lucha. Bremen fue implacablemente destruido por la aviación inglesa, en uno de los episodios más luctuosos y más injustos que recuerda la historia de la guerra; Hamburgo fue bombardeado con fósforo. Francfort fue arrasado por orden de Eisenhower, con excepción del edificio oval de la Farbenindustrie, donde pensaba instalar —y lo instaló— su cuartel general; ninguno de esos hechos fue decisivo en la derrota de Alemania. La diferencia de esos bombardeos con los del Vietnam del Norte es notable. Actuaban sobre concentraciones urbanas, sobre grandes centros industriales; mataban personas por millares,



Miembros del partido nazi norteamericano se prestaron voluntariamente para reprimir la manifestación en colaboración con la policía. Entre los carteles exhibidos figuraba éste de abajo: «Criminal de guerra».



por cientos de millares. Los bombardeos del Norte del Vietnam no pueden tener esa efectividad. Ni las concentraciones de población son importantes, ni las industrias decisivas. Cuando Curtis LeMay habla del regreso a la Edad de Piedra, aparte de una monstruosidad, está diciendo una tontería: económicamente, Vietnam no está demasiado lejos de la Edad de Piedra. Si los sociólogos y los etnólogos coinciden en que en el mundo —en toda la historia de las civilizaciones— no ha habido más que dos revoluciones económicas, la agrícola y la industrial, y la agrícola se realizó aproximadamente en el Neolítico, el Vietnam, del Norte y del Sur, no ha entrado todavía en la revolución industrial, a no ser por algunos postizos. Lo que sí ocurre es que los norteamericanos de territorio intacto por las guerras imaginan, perciben en su subconsciente lo que sería en su país industrial y de concentración urbana una serie de bombardeos como los que están realizando en el Vietnam del Norte —donde han absorbido ya la misma o mayor cantidad de explosivos que se utilizaron en toda la segunda guerra mundial— y aplican ese horror al Vietnam del Norte. Se equivocan. Su invulnerabilidad y su impaciencia les han dado un resultado negativo.

Pero la aplicación de la teoría del enemigo lejano en lugar del enemigo presente, la deducción política y mental que ha llevado a bombardear el Norte por no poder vencer en el Sur, es una teoría gravemente peligrosa que se está ampliando en círculos concéntricos. Si los guerrilleros no pueden ser vencidos, es que el enemigo es otro: el Vietnam del Norte. Si la agresión contra el Vietnam del Norte, no decide la guerra, es que el enemigo está aún más allá... Sobre esta serie de supuestos se va estableciendo ya el problema de los otros países del Sudeste asiático, de la península de Indochina. Ahora es Tailandia. En las provincias del Nordeste hay revueltas, hay guerrillas mientras al Sur de Bangkok se establecen sofisticadas bases de los Estados Unidos: las inversiones de Estados Unidos en el cuerpo militar de Tailandia ascienden ya a mil millones de dólares —un equivalente de lo que supuso la militarización de Alaska como línea de defensa frente a la URSS—. Tratan de evitar así lo que llaman, con el neologismo de moda, la «miniguerra» de las provincias del Nordeste. La situación en Laos les es desfavorable. Alimentados los cerebros electrónicos del Pentágono, tan hábilmente manejados por McNamara, dan como resultante que lo que pretende «el enemigo» es la creación de una federación de estados comunistas de Indonesia: en principio, Camboya, Laos y Vietnam; quizá Tailandia, quizá Malasia. Esta ampliación del círculo de donde viene el peligro puede conducir a terribles y erróneas decisiones. Conduce ya a lo que se llama «la pesadilla china de Dean Rusk», por sus alusiones recientes al «peligro amarillo» que viene de China, a esa China que imagina en el futuro con mil millones de habitantes y un arsenal atómico impresionante. La imaginación se desborda, el problema se aleja.

No es necesario discutir la verosimilitud de estas pesadillas. Es probable que en muchos ciudadanos del Sudeste asiático anide esta esperanza de reconstruir una confederación indochina; es menos probable que traten de abrir paso a China en ella, porque China supone una dominación extranjera y están luchando hoy precisamente por evitar una dominación extranjera. La idea de un comunismo monolítico que borrase las fronteras nacionales, la idea de que los comunistas del Vietnam o de Laos estén deseando la fusión con China como «patria del comunismo» es totalmente descabellada a la luz de lo que está pasando con los nuevos nacionalismos comunistas y con el policentrismo. Pero, repito, no es necesario discutir del futuro, porque el futuro está siempre en el aire. Lo cierto, lo real, es el problema inmediato: la lucha de los guerrilleros en el Vietnam del Sur. Los bombardeos del Norte y la ampliación en círculos concéntricos son, repito, enmascaramientos de una situación que es la que Washington como el mundo entero, los opuestos y los favorables, los pacifistas y los duros, deberían ver con la mayor lucidez.

E. H. T.
(Fotos VIZO)